

Cuadernos
bíblicos

96

Pierre-Marie Beaude

¿Qué es el Evangelio?

Verbo Divino

CB
96

Pierre-Marie Beaude

¿Qué es el Evangelio?



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1998

Contenido

A los cristianos les gustaba emplear la palabra “evangelio”; pero ¿qué significa exactamente esa palabra y de dónde proviene? ¿Cómo se ha pasado de la predicación de Jesús a ser cuatro libritos leídos en las Iglesias? ¿Cómo llegaron a formarse estos escritos, los más difundidos por toda la humanidad? Estas preguntas son de gran importancia para tener una verdadera comprensión de la fe.

Pierre-Marie Beaude, profesor de Nuevo Testamento en Metz, nos presenta aquí respuestas sólidas y claras. Nos muestra el papel fundamental de la tradición evangélica en los dos primeros siglos: su unidad y su pluralidad reflejan y legitiman al mismo tiempo la unidad y la pluralidad de la Iglesia.

| | | | |
|---|----|--|----|
| Introducción | 5 | Los cuatro evangelios | 44 |
| | | Marcos – Mateo – Lucas – Juan | |
| ¿De dónde viene la palabra “evangelio” | 7 | Los evangelios y la formación del Nuevo Testamento | 55 |
| La Biblia hebrea – El judaísmo – Los Setenta – Filón y Josefo | | Evangelios ansiosos de unidad – Unidad y desviaciones – Las principales desviaciones cristianas – La regla de la verdad – El título “evangelio” dado a los cuatro libritos | |
| El evangelio de Pablo | 11 | El evangelio alcanza dimensión mundial | 63 |
| 1 Tes – 1 Cor – 2 Cor – Flp – Gál – Rom – Col y Ef – Pastorales | | <i>Para continuar el estudio</i> | 65 |
| El Evangelio, Pablo y los evangelios | 27 | <i>Lista de recuadros</i> | 65 |
| Del Evangelio oral a los evangelios escritos | 32 | | |
| Las necesidades de las comunidades – Los géneros literarios – En marcha hacia | | | |
| El relato – El hecho sinóptico – La autoridad de los evangelios – Los criterios | | | |
| Para ir de los evangelios a Jesús – Una tradición viva | | | |

Dichos y hechos del Señor», «Palabras del Señor», «Memorias de los Apóstoles», eran los diversos títulos que emplearon los autores cristianos del siglo II para designar los cuatro evangelios. Todos sabemos que el apóstol Pablo, que habla a menudo del «evangelio», nunca tuvo en sus manos ninguno de nuestros cuatro libritos, por la sencilla razón de que todavía no habían sido escritos. En la *Didaché*, el texto cristiano más antiguo después del Nuevo Testamento, «evangelio» designa todavía, no un libro, sino la enseñanza del Señor, una especie de norma de vida que hay que poner en práctica.

Este Cuaderno recorre un largo itinerario: desde la buena noticia predicada por Jesús, luego por sus apóstoles, hasta la lectura de los cuatro libritos en las asambleas cristianas. Del *Evangelio* proclamado (en singular) a los *evangelios* escritos y leídos (en plural). Esta historia compleja y apasionante nos la cuenta Pierre-Marie BEAUDE, profesor de exégesis de Nuevo Testamento en la Universidad de Metz. La materia es enorme, a veces difícil y salpicada de hipótesis divergentes, pero él consigue decir lo esencial, ofrecer informaciones objetivas y hacer accesibles los resultados indiscutibles de las investigaciones sobre la formación de los evangelios y los orígenes cristianos.

Al proponer este Cuaderno a sus lectores, el Servicio bíblico *Evangelio y Vida* quiere honrar el nombre que le dio, hace 25 años, Etienne Charpentier. Por tanto, «Evangelio» tiene aquí sus dos sentidos: el mensaje liberador proclamado por Jesús en Galilea, y su forma escrita, preciosamente guardada como cuádruple fuente. Pero «vida» adquiere también sus dos sentidos: la vida de los hombres, la historia, nuestra vida, y esta fuente que la riega, haciendo brotar en ella «la vida abundante». Hoy, como en el siglo primero, el Evangelio de Jesús es inseparable de la vida de los discípulos y de todas las Iglesias: sólo allí puede encarnarse.

Philippe GRUSON

Introducción

Basta consultar algunos diccionarios para advertir la importancia del Evangelio en la cultura cristiana. El Evangelio, nos dicen, es la Buena Noticia, es decir, la doctrina o la enseñanza de Jesús transmitida en los libros llamados Evangelios, que pueden ser canónicos o apócrifos. El Evangelio es también, por extensión, todo el Nuevo Testamento; por ejemplo, en la expresión «jurar por el Evangelio». Finalmente, el término ha enraizado en nuestra cultura con expresiones como «sus palabras son el Evangelio», para calificar «una verdad indiscutible», «una cosa absolutamente cierta en la que hay que creer».

Cuatro libritos, llamados evangelios, hablan del Evangelio en singular, es decir, de la proclamación de Jesús. Este paso de cuatro a uno no carece de problemas. Sale a menudo en las discusiones con otros creyentes, especialmente con los musulmanes, que insisten en la unidad del Corán. ¿Cómo aceptar una Palabra divina que necesita cuatro libros distintos para comunicarse? Si las semejanzas entre los cuatro evangelios son claras, las diferencias y contradicciones también lo son. ¿De quién se puede decir que «sus palabras son el evangelio»? ¿De san Juan, que coloca el episodio de la expulsión de los vendedores del templo al comienzo de su relato sobre Jesús, o de los Sinópticos, que la sitúan al final? ¿Hizo Jesús un solo viaje a Jerusalén, como dan a entender los Sinópticos, o hizo varios, como afirma Juan?

Cuatro evangelios para dar testimonio del Evangelio. A partir de ahí, son posibles dos actitudes. La primera pretende suprimir la pluralidad reduciéndola, en la medida de lo posible, a la unidad del Evangelio. La tradición cristiana conoció un intento famoso en el

Diatessarón de Taciano, en el siglo II, que compendia los cuatro relatos en uno solo. Fue utilizado en la Iglesia siríaca durante más de tres siglos (ver cuadro p. 6).

La segunda actitud consiste en aceptar esta pluralidad como una característica de la fe cristiana. Si el Evangelio se transmite en cuatro soportes literarios, ¿no será preciso tener siempre presente esta relación, conflictiva pero fecunda, entre lo uno y lo plural, entre la fuente única y su recepción en diversos testimonios escritos? Los textos cristianos dan de beber de una fuente de la que ya han bebido otros muchos. Si Evangelio significa Buena Noticia, son muchos los que ya la han recibido cuando cuatro de ellos, los evangelistas, escriben cuatro libritos.

La pluralidad confirma el éxito de la Buena Noticia. Escritos en diferentes lugares del Imperio romano, los evangelios afirman, con su simple existencia, que el Evangelio de Dios no se ha convertido en una proclama muerta. Ha hecho nacer comunidades que viven de él, a las que pertenecen aquellos que procedieron a ponerlo por escrito. En su obra *Contra las herejías*, escrita hacia 180, Ireneo de Lyon se enfrenta a los gnósticos, que promueven otros evangelios. Él justifica la pluralidad y la unidad de la manera siguiente:

«No puede haber ni un número mayor ni un número menor de evangelios. En efecto, como existen cuatro regiones en el mundo en que estamos y cuatro vientos principales, y como, por otra parte, la Iglesia se extiende por toda la tierra y tiene por columna y sostén el Evangelio y el Espíritu de vida, es natural

que tenga cuatro columnas que soplen por todas partes la incorruptibilidad y den la vida a los hombres. De donde se explica que el Verbo, Artesano del universo, que se sienta sobre querubines y mantiene todas las cosas, cuando se manifestó a los hombres nos dio un Evangelio cuadriforme, aunque mantenido por un único Espíritu» (*Contra las herejías* III, 11, 8; ver *En el ori-*

gen de la palabra cristiana, Documentos en torno a la Biblia, 22, pp. 157-158).

Partiendo del Evangelio para ir hacia los evangelios, este Cuaderno no tiene otra ambición que captar mejor la originalidad del pensamiento cristiano sobre la Palabra de Dios.

CUATRO EVANGELIOS EN UNO

Discípulo de Justino († 165), Taciano reduce a uno el relato de los cuatro evangelios. «Su obra se titula *Diate-sarón*, literalmente: “(el evangelio realizado) por medio de cuatro”. En griego, la palabra designa un término musical, la consonancia de la cuarta perfecta; evoca también la “concordancia” o “armonía” de los cuatro evangelios. Se trata de un audaz esfuerzo por encontrar solución a las divergencias o a las diferencias que aparecen en los *evangelios* a propósito de la vida y las palabras de Jesús, intentando armonizarlas en un solo relato. No sabemos con certeza si Taciano compuso su obra en Occidente o

después de volver a Oriente, hacia los años 175-180. Tampoco sabemos si la compuso en griego o en siríaco, aunque lo último es más probable. Un breve fragmento del *Diatesarón* griego se encontró durante las excavaciones de Doura Europos, en el Éufrates. No se ha conservado ningún manuscrito de la versión siríaca. Sabemos, gracias a los comentarios que redactó, que san Efrén utiliza ordinariamente el *Diatesarón*; en Edesa, a mediados del siglo IV, era “el evangelio”, la Escritura empleada de forma exclusiva en la liturgia».

(L. Villy, en Documentos en torno a la Biblia, n° 22, p. 102)

¿De dónde viene la palabra «evangelio»?

La palabra «evangelio» viene del griego *euangelion*, adjetivo empleado como nombre, que procede de la palabra *euangelos*: «mensajero (*angelos*) de dicha (prefijo *eu*)»¹. De esta palabra procede igualmente el verbo *euangelizesthai*, «anunciar una buena noticia». Para comprender el uso de estas palabras en el Nuevo Testamento, conviene precisar su empleo en los textos anteriores o contemporáneos al nacimiento de la fe cristiana. Como el verbo *euangelizesthai* traduce ordinariamente en los Setenta el verbo hebreo *basser* (forma intensiva de la raíz *bsr*), debemos realizar nuestra búsqueda en los ámbitos lingüísticos semítico y griego.

La Biblia hebrea

Un día, dos jefes de banda que servían a las órdenes del hijo de Saúl, Isbaal, lo mataron durante la siesta. Le cortaron la cabeza, y se apresuraron a llevársela a David, diciendo: «Aquí tienes la cabeza de Isbaal hijo de Saúl, tu enemigo». David les respondió: «Al que anunció la muerte de Saúl, creyendo que me daba una buena noticia (*mebasser*), yo lo maté en Siceleg, recompensándole así la buena noticia (*bassorah*)». Y los dos asesinos del hijo de Saúl corrieron la misma suerte (2 Sam 4).

1. Véase el artículo de G. Friedrich, «euangélion», en G. Kittel, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* II, 719-734; este artículo fue traducido al francés, con el título «Évangile», por Labor et Fides, 1966; citamos las páginas de la edición francesa.

Este texto resume muy bien el ámbito en el que se utiliza *buena noticia* y *portador de buenas noticias* (o mensajero) en el Antiguo Testamento. Se trata a menudo de un contexto de guerra, que afecta al futuro del rey. Alguien vuelve del campo de batalla y anuncia la buena noticia de una victoria o de la muerte del adversario; por ejemplo, de Absalón, que se ha rebelado contra su padre, David (2 Sm 18,19-20.26-27: *mebasser* y *bassorah*). Con respecto al portador de buena noticia (*mebasser*), FRIEDRICH dice que el uso extendió este término a todo portador de noticias al final de una batalla, aunque fuesen malas (artículo citado, p. 12).

El contexto de victoria y realeza aparece en la segunda parte del libro de Isaías (40-66). Esta vez se trata de celebrar la victoria de Dios y de su reino. He aquí el portador de la buena noticia, o el mensajero, como se traduce a menudo:

*«¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero
que anuncia la paz,
que trae la buena nueva (mebasser)
y proclama la salvación,
que dice a Sión: Ya reina tu Dios»* (Is 52,7).

¿A qué se debe que el reinado de Dios sea una buena noticia? El Segundo Isaías se dirige a exiliados que conocen la humillación de la derrota y de la deportación a Babilonia. El profeta exhorta a la esperanza, recuerda que Dios es el verdadero dueño del mundo, ante el cual ningún rey, ni siquiera el más poderoso, puede resistir. Por consiguiente, la buena noticia es el anuncio de la liberación de los exiliados y de la vuelta a Sión-Jerusalén, que recuperará toda su

vitalidad. Sobre ella reinará el Señor Dios, y a partir de ella establecerá su reinado sobre todas las naciones.

El Segundo Isaías no tiene competidor a la hora de entender la buena noticia por el mundo entero. En él, los portadores de buenas noticias no se ocultan; al contrario, suben a las montañas para que su voz se escuche lejos:

*«Súbete a un monte elevado,
mensajero de Sión;
alza tu voz con brío,
mensajero de Jerusalén;
álzala sin miedo
y di a las ciudades de Judá:
Aquí está vuestro Dios,
aquí está el Señor,
viene con poder...»* (Is 40,9-10; cf. 41,27).

En el capítulo 61 de Isaías, es el Mesías, el ungido de Yahvé, quien trae las buenas noticias:

*«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado
para dar la buena nueva a los pobres,
para curar los corazones desgarrados
y anunciar la liberación a los cautivos,
a los prisioneros la libertad.
Me ha enviado para anunciar
un año de gracia del Señor...»* (Is 61,1-2).

En este caso se trata de la unción de un profeta, que le otorga el Espíritu para transmitir la buena nueva. El mensaje se dirige a los pobres, a los prisioneros, lo que abre un campo semántico nuevo en comparación con los textos que hemos visto. Pensemos en el capítulo 42 de Isaías, donde el «siervo» que ha recibido el Espíritu (v. 1) es destinado a abrir los ojos a los ciegos, a sacar de la mazmorra a los prisioneros... (v. 7). La palabra siervo no aparece, pero ciertas

características comunes, como la «pobreza», relacionan a las personas a las que son destinados el siervo o el ungido del capítulo 61.

Con estos textos de Isaías, las imágenes de la realeza, del reino, del poder, quedan vinculadas al Dios de Israel. La buena nueva consiste en que el reino de este Dios restaurará la paz y la prosperidad para su pueblo exiliado, para los pobres y los afligidos. La potencia de las imágenes de alegría y esperanza utilizadas por el profeta, su dimensión cósmica y universal, las destinaba a ser orquestadas (ver Sal 96,2.10) y recogidas tras la vuelta de los exiliados al país.

El judaísmo

El judaísmo palestino supo prolongar el eco de estos hermosos textos de Isaías. Los *Salmos de Salomón*, escrito fariseo del siglo I antes de nuestra era, celebran de este modo la voz del mensajero de buena nueva:

*«Proclamad en Jerusalén las palabras
del gozoso mensajero (euangelizomenou),
porque Dios se ha apiadado de Israel,
visitándolo»* (Ps Sal 11,1).

La identificación del mensajero con el rey mesías se lleva a cabo, por ejemplo, en este texto del Rabí José el Galileo:

«Grande es la paz; porque cuando el rey, el mesías, se manifieste a Israel, sólo lo hará con la paz. Porque está escrito: Qué hermosos son sobre los montes los pies de los que traen buenas noticias, que traen la paz». Estos textos y otros más pueden verse en el artículo ya citado de G. FRIEDRICH.

Los autores del NT no olvidarán los textos del libro de Isaías cuando hablen de Jesús y de sus enviados,

portadores de buena nueva. Así, Pablo recogerá el versículo de Isaías: «¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias» en un pasaje en el que pretende mostrar que judíos y paganos tienen el mismo Señor Jesús, y que, por tanto, hacen falta portadores de buenas nuevas para dar a conocer a este Señor (Rom 10,14-17). Las figuras de «portador de buenas noticias», de ungido de Yahvé y de Siervo de Yahvé proporcionarán a los primeros cristianos un vocabulario para presentar a Cristo Jesús anunciando la buena nueva: «Nos encontramos aquí en las fuentes del Evangelio, escuchamos una buena noticia que proporcionará un lenguaje para hablar de la buena noticia de Jesús» (C. WIENER, *El segundo Isaías*, C. B. n.º 20, p. 38).

Los Setenta

Los Setenta traducen generalmente el verbo hebreo *basser* por *euangelizesthai*, forma media del verbo *euangelizein*. A veces también usan este verbo en voz activa. FRIEDRICH estima que, en conjunto, los Setenta «no son de gran ayuda para una mejor comprensión del verbo neotestamentario *euangelizomai* (yo anuncio una buena noticia)» (art. cit., p. 24). Sin embargo, indica que el texto griego de los Setenta relaciona este verbo con la palabra salvación (*soteria*) más a menudo que el texto hebreo.

Los pasajes del libro de Isaías que hemos entresacado de la Biblia hebrea pierden en el texto griego la dimensión de anuncio imprevisto y repentino de una buena noticia. El texto hebreo de Is 52,6-7 queda modificado. Ya no es cuestión de celebrar los pies del mensajero que trae la buena nueva. Es a Dios a quien se compara con un mensajero: «Heme aquí como la primavera en las montañas, como los pies del que anuncia un mensaje de paz, como el que anuncia la

dicha» (52,6-7 griego). El contexto histórico del mensaje del segundo Isaías, la situación de cautividad y el anuncio de una liberación inminente de los exiliados, no domina la traducción griega. Desaparecen la urgencia, la inminencia, el anuncio de una intervención muy próxima de Dios en favor de su pueblo. El «tu Dios reina», que anunciaba la liberación inminente, se convierte en «tu Dios reinará».

Por estos motivos, las raíces del mensaje evangélico de Jesús se buscan más bien en el Segundo Isaías tal como nos lo transmite el texto hebreo. En cuanto a la palabra misma, es interesante advertir que el singular neutro *euangelion* (del que procede la palabra evangelio) no se utiliza en los Setenta. Se encuentra en ellos una forma femenina: la buena noticia (*ê euangelia*: 2 Sm 18,20.22.25.27; 2 Re 7,9) y un plural neutro: la recompensa del mensajero (*ta euangelia*), ambos desconocidos por el Nuevo Testamento. Por tanto, los lazos de vocabulario y de contenido entre los Setenta y el Nuevo Testamento son bastante flojos.

Filón y Flavio Josefo

Filón no conoce la palabra *euangelion*. Utiliza *euangelizesthai* en el sentido bastante amplio de anunciar una buena noticia o simplemente una noticia. Flavio Josefo conoce la palabra *euangelion* en neutro singular (*Guerra* 2, 420); conoce también el plural neutro *ta euangelia* (*Guerra* 4, 656) y el femenino singular *ê euangelia* (*Antigüedades* 18, 229). Igual que Filón, también utiliza el verbo en contextos de guerra, de victoria.

Al tratar de estos dos autores, los comentaristas llaman la atención sobre el hecho de que la idea de buena noticia la utilizan generalmente en textos que

hablan del emperador y de su culto. Se adaptan, pues, al uso frecuente en el mundo helenístico, donde la subida al trono de un emperador era el ejemplo perfecto de buena noticia. «Sin duda, escribe P. LAMARCHE, todos los acontecimientos que preparan o realizan este nuevo reino son considerados como otros tantos evangelios: nacimiento del heredero, mayoría de edad del príncipe, disposiciones y decretos. Pero todo está centrado en la subida del emperador al trono» (*Révélation de Dieu chez Marc*, Beauchesne, 1976, pp. 34-35).

El culto del emperador proporcionó una especie de leyenda sagrada que conviene tener en cuenta cuando estudiamos los evangelios cristianos. Su llegada al poder, marcada por el paso de un cometa, o por algún otro prodigio celeste, es señal de una alegre noticia para toda la humanidad. La salvación y el destino de los hombres están vinculados a su persona. Igual que los *theioi andres* visitados por la divinidad, se los ve realizar prodigios y milagros (así ocurre con Vespasiano; cf. *Relatos de milagros*, Documentos en torno a la Biblia 17, pp. 51-52).

EVANGELIO Y ADVENIMIENTO DEL EMPERADOR

La inscripción de Priene

En el contexto del culto al emperador, la palabra «evangelio» se utiliza sobre todo en plural; el texto más interesante es la inscripción de Priene, cerca de Mileto, fechada en el año 9 antes de nuestra era, que hacía comenzar un nuevo calendario el día de cumpleaños del emperador Augusto:

«Todos pueden considerar con razón este acontecimiento como el origen de su vida y de su existencia, como el tiempo a partir del cual no deben lamentar haber nacido... La Providencia ha suscitado y adornado maravillosamente la vida humana dándonos a Augusto, colmado de virtudes, para ser el bienhechor de los hombres, nuestro salvador, para nosotros y para quienes vendrán después de nosotros, a fin de hacer cesar la guerra y establecer el orden por todas partes. El día del nacimiento del dios (Augusto) significó para el mundo el comienzo de las buenas noticias (*ta euangelia*) que él traía».

Flavio Josefo

En la Guerra judía, Josefo cuenta cómo el general Vespasiano llegó a emperador. Adviértase la importan-

cia de los presagios, entre los que se encuentra la predicción del mismo Josefo, que anunció el Imperio al general que acababa de hacerlo prisionero en Jotapata.

«Más rápido de lo que se piensa, el rumor público había extendido las noticias de que había un emperador en Oriente, y todas las ciudades festejaban esta felices nuevas (*euangelia*) y celebraban sacrificios en honor de Vespasiano (...) Ahora que, por todas partes, la fortuna avanzaba según sus deseos y que las circunstancias le eran en grandísima medida favorables, Vespasiano se sentía inclinado a pensar que el Imperio no le había tocado sin la ayuda de la providencia divina, y que cierto justo destino le había concedido el poder universal. Recordaba, en efecto, entre otros presagios (porque había tenido muchos, por todas partes, que le habían anunciado el Imperio), las palabras de Josefo, quien, cuando todavía vivía Nerón, tuvo la audacia de saludarlo con el título de emperador».

(*Guerra IV*, 618 y 622-623).

Por tanto, deberemos recordar todas estas raíces cuando abordemos el estudio de los textos cristianos. No para buscar una confirmación fáctica de las raíces, sino para estar atentos a los posibles vínculos entre los textos cristianos y esos textos que les han servido de fuente –tanto si vienen de la biblia hebrea como de la literatura helenística– para producir su propio «evangelio». Podemos constatar desde ahora que, a

pesar de las diferencias nada despreciables, hay temas comunes al Segundo Isaías y al culto del emperador: el tema del reino y cierta idea de la universalidad del anuncio. En un mundo que celebra como evangelio la llegada del soberano, otro Evangelio se dispone a revolucionar el mundo, el de un crucificado que Dios ha convertido en Señor y Cristo.

El evangelio de Pablo

Uso de las palabras «evangelio» y «evangelizar»

El cuadro siguiente recoge el uso de las palabras *evangelizar* y *evangelio* en el Nuevo Testamento. Se advierte que el corpus paulino las utiliza mucho. Precisemos que la mayoría de los usos se encuentra en las cartas auténticas o proto-paulinas. En las deutero-paulinas (entre las que incluimos 2 Tes¹), 2 Tesalonicenses y Colosenses utilizan cada una 2 veces *evangelio*, Efesios, 2 veces *evangelizar* y 4 *evangelio*, las Pastorales, 4 veces *evangelio*. En cuanto a la palabra *evangelista*, solo se encuentra 3 veces en el Nuevo Testamento (Hch 21,8, Ef 4,11, 2 Tim 4,5).

| | Evangelizar | Evangelio |
|--------------------|-------------|-----------|
| Mateo | 1 | 4 |
| Marcos | | 8 |
| Lucas | 10 | |
| Hechos | 15 | 2 |
| Juan | | |
| Cartas de Juan | | |
| Corpus paulino | 21 | 60 |
| (Deutero-paulinas) | 2 | 12 |
| Hebreos | 2 | |
| 1 Pedro | 3 | 1 |
| Apocalipsis | 2 | 1 |

¿Que es el evangelio para Pablo? Algo esencialmente relacionado con su vocación, porque él ha sido separado para anunciar (*euangelizesthai*) al Hijo entre los paganos (Gal 1,16), Cristo lo ha enviado a «anunciar el evangelio» (*euangelizesthai*) (1 Cor 1,17), y él se siente tan unido a esta misión que incluso habla de «mi evangelio» (Rom 2,16). Este evangelio tiene un contenido que se concreta a lo largo de las cartas, pe-

¹ Con C. Masson, *Les deux épîtres de Saint Paul aux Thésaloniciens*, Neuchâtel, 1957, p. 9-13.

ro es también una acción que realiza el Apóstol cuando evangeliza. Por eso puede decir: «El Señor ha ordenado que quienes anuncian el Evangelio vivan del Evangelio», concretando así en una misma frase que el Evangelio es un contenido y una práctica de la que

el misionero tiene derecho a subsistir. Entre contenido y práctica misionera se desarrolla el discurso de Pablo sobre el Evangelio. Un recorrido por los pasajes significativos de las cartas nos permitirá algunas reflexiones más sintéticas.

LA PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

Pablo escribió la primera carta a los Tesalonicenses hacia el año 50, cuando residía en Corinto (según la cronología corta propuesta, por ejemplo, por M. TRIMAILLE en *El mundo de la Biblia* nº 81, p. 9). Es la primera carta del apóstol que se nos ha conservado y el primer escrito del Nuevo Testamento. Pablo había evangelizado Tesalónica poco antes, durante su segundo viaje misionero. Los Hechos de los Apóstoles subrayan las tensiones que acompañan estos comienzos misioneros de Pablo y de sus compañeros en Europa (Hch 16-17). Los judíos se dividen ante su predicación. Unos se adhieren a ella, igual que algunos griegos, entre los que se encuentran mujeres de alto rango, muy afectas a la sinagoga. Pero otros judíos organizan una revuelta contra Pablo, que debe abandonar la ciudad de noche. Se comprende que Pablo escriba en su carta: «Os anunciamos llenos de confianza en nuestro Dios su evangelio en medio de muchas dificultades» (1 Tes 2,2). Pero, ¿cómo presenta el apóstol este Evangelio de Dios en su primer escrito?

Un evangelio eficaz

La primera mención de la palabra *evangelio* aparece en la acción de gracias que sigue al saludo: «Porque el evangelio que os anunciamos no se reduce a meras palabras, sino que estuvo acompañado de

la fuerza y plenitud del Espíritu Santo. Sabéis de sobra que todo lo que hicimos entre vosotros fue para vuestro bien. Por vuestra parte, seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo la palabra en medio de grandes tribulaciones, pero con el gozo que viene del Espíritu Santo» (1,5-6). El Evangelio transmitido por Pablo no consiste en simples palabras: está acompañado de poder (*dynamis*), el único poder capaz de llamar a la fe y de suscitarla, un poder que hace eficaz la palabra. (Cf. M. TRIMAILLE, *La primera carta a los Tesalonicenses*, C. B. nº 39, pp. 23-24).

Para los Tesalonicenses, la eficacia del Evangelio se inscribe esencialmente en la forma en que Pablo se ha comportado con ellos, y en la forma en que ellos lo han imitado a continuación. Al servicio del Evangelio, de la Palabra (1,6), de la palabra del Señor (1,8) o del Evangelio de Dios (2,4), Pablo renunció a toda palabra aduladora (2,5). Evitó el doble riesgo de buscar su propia gloria (2,6-7) y de engañar a sus destinatarios buscando «agradar a los hombres» (2,4). Por tanto, la palabra del Apóstol está condicionada por la Palabra que anuncia. Está a su servicio. La adhesión no se dirige al misionero portador de la Palabra, sino a la Palabra de Dios, que actúa por sí misma en quienes la acogen (2,13).

La fe en Dios es la señal de que el Evangelio ha sido acogido con verdad. Ha sido eficaz, es contagioso (1,8). El testimonio de la joven iglesia funciona, por así

decir, como un relevo de la evangelización: «Ellos mismos refieren la acogida que nos dispensasteis y cómo os convertisteis a Dios, abandonando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y para vivir con la esperanza de que su Hijo Jesús, a quien resucitó de entre los muertos, se manifieste desde el cielo y nos libere de la ira que se acerca» (1,9-10). Quien busque un eco del contenido de la predicación del Apóstol entre los Tesalonicenses es aquí donde lo puede encontrar. El ritmo y la gramática de estos versículos 9-10 invitan a advertir elementos de la predicación antigua, que Pablo recoge a su vez.

La acogida del Evangelio se describe como un volverse a Dios y alejarse de los ídolos. Esto recuerda la idea de conversión en el Antiguo Testamento (*teshuvá*, del verbo hebreo *shuv*: volverse, volver, convertirse). Se trata de esperar del cielo al Hijo que Dios resucitó de los muertos, esperar a ese Jesús que libera de la cólera. Este tema de la espera será recogido extensamente hacia el final de la carta (4,13-5,11). Puesto que Jesús ha sido resucitado de los muertos, también nosotros lo seremos, afirma Pablo a los que se sienten angustiados (5,1). La Buena Noticia resalta en el trasfondo apocalíptico de la cólera de Dios durante el juicio: «porque no nos ha destinado Dios al castigo, sino a alcanzar la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (5,9). El Evangelio es men-

saje de salvación y de alegría. Anula las imágenes de miedo vinculadas a la espera del día del juicio.

He aquí lo que retendríamos de esta carta a los Tesalonicenses: un ambiente de vida, de testimonio a propósito del Evangelio; algo vital y contagioso, ligado al poder de Dios. La vida queda muy de relieve en las metáforas utilizadas por el Apóstol (la madre que cuida de sus hijos, la ternura que se extiende hasta el don de la vida, el padre hacia sus hijos: ver 2,7-12). El contagio está presente en las nociones de modelo y de imitación: los Tesalonicenses se han convertido en imitadores de Pablo y del Señor, y su fe se convierte a su vez en modelo (1,6-7). Así se transmite el Evangelio, y no sin fatigas. Los Tesalonicenses ven cómo les envían a Timoteo, «colaborador de Dios en la predicación del Evangelio de Cristo», para sostenerlos en las dificultades presentes (3,2-3). Pablo volverá a menudo sobre este tema.

Advirtamos, finalmente, el vínculo existente entre la elección de Dios y el anuncio del Evangelio: «Conocemos bien, hermanos amados de Dios, cómo se realizó *vuestra elección*. Porque *el evangelio que os anunciamos...*» (1,4-5). Esta elección remite a la elección del pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, que aquí es aplicada a los paganos. Las cartas a los Gálatas y a los Romanos nos harán volver sobre este punto capital.

LA PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

Pablo evangelizó la ciudad de Corinto durante una larga estancia hacia los años 49-51. La comunidad es todavía joven y frágil cuando le envía su primera carta, hacia el 53. Sigue una segunda carta, perdida hoy, y luego otra hacia el 55, la que llamamos *Segunda carta a los Corintios*¹. Al leer estas dos cartas se advierte que no faltan problemas. Los Corintios están

divididos. Parecen reproducir en su iglesia el sistema social de la ciudad, basado en la desigualdad, la je-

1. Sobre estos problemas, especialmente sobre la falta de unidad literaria de 2 Cor, puede consultarse M. Carrez, *La segunda carta a los Corintios*, C. B. n° 51, p. 5-7.